

X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2013.

# Repensando América Latina.

Marina Mendoza, Laura Medina, Cristian Gallay y Julieta Grassetti.

Cita:

Marina Mendoza, Laura Medina, Cristian Gallay y Julieta Grassetti (2013). *Repensando América Latina. X Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-038/156>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*



**X Jornadas de Sociología de la UBA  
20 años de pensar y repensar la sociología.  
Nuevos desafíos académicos, científicos y políticos para el siglo XXI  
1 al 6 de julio de 2013**

**Mesa 10: América Latina piensa a América Latina.**  
**Coordinadoras:** Verónica Giordano y Mara Burkart.

### ***Repensando América Latina***

- \*Gallay, Cristian (Universidad de Buenos Aires).
- \*Grassetti, Julieta (Universidad de Buenos Aires).
- \*Medina, Laura (Universidad de Buenos Aires).
- \*Mendoza, Marina (Universidad de Buenos Aires).

#### **Introducción**

Los estudios que intentaron comprender y explicar las realidades sociales latinoamericanas, construyendo analíticamente a la región como objeto de estudio, tendieron a ofrecer una imagen estática y ahistórica de los países que la configuran.

Esta tendencia, fue gestándose durante la Segunda Guerra Mundial, si bien su aparición en escena podría ubicarse en la inmediata posguerra, con la creación de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe a fines de 1940 como acto fundacional.

La figura de Raúl Prebisch –quien se convertiría en presidente del organismo– adquiere relevancia en este contexto, con la publicación de su artículo *El desarrollo económico de América latina y alguno de sus problemas* (1949), el cual logra una amplia repercusión en toda la región. A partir de ese momento, la preocupación por el *desarrollo* aglutinó en torno de sí a un gran número de pensadores que fueron recorriendo distintas sendas, según las condiciones históricas de la región fueron complejizando el objeto de estudio y refutando dichos enfoques.

Este fenómeno respondió principalmente a la alineación de estas explicaciones detrás de la corriente teórica dominante que rendía tributo al estructural funcionalismo ortodoxo de origen norteamericano enmarcado dentro del paradigma modernizador.

En función de su ahistoricidad y del empleo irrestricto de compartimentos estancos para comprender una diversidad de realidades tan heterogéneas como complejas, señalamos la necesidad de postular a la corriente de la Sociología Histórica como el enfoque alternativo más adecuado para su comprensión.

Con tal objeto, la presente ponencia se propone reflexionar acerca de las trayectorias y redes intelectuales que pugnarón por edificar una explicación alternativa capaz de superar las categorías dicotómicas que, surgidas en contextos históricos diferentes, pretendieron aplicarse en el estudio de las disímiles realidades que ofrece Latinoamérica en su conjunto.

En este contexto adquieren relevancia, las reflexiones efectuadas en torno a esta problemática, efectuadas por Jorge Graciarena, Immanuel Wallerstein y Theda Skocpol, para quienes el estudio de cualquier estructura social requiere posicionarse desde un enfoque multidisciplinario que, además, introduzca en el análisis las particularidades socio-históricas de cada caso.

Es necesario señalar que la elección de estos pensadores reside en su contribución a la consolidación de la Sociología Histórica, aunque es preciso destacar que sus teorizaciones pertenecen a contextos históricos diferentes. La ubicación de estos pensadores en sus respectivos contextos resulta primordial para entender los alcances y limitaciones de sus reflexiones, así como para contrastarlas con el conjunto de las ideas dominantes de cada período.

Jorge Graciarena es un sociólogo argentino nacido en 1922. En 1967 publica *Poder y clases sociales en América Latina*, en donde sostiene como premisa principal de las sociedades de su época la inevitabilidad del cambio social. Para ello, analiza la sociedad argentina, la cual se encuentra experimentando una etapa de transformación, generando de esta forma una reflexión acerca de las estructuras de poder que obstaculizaban la modernización y el cambio en América Latina. Este texto fue producto de su participación en la división de Desarrollo Social de la Comisión Económica para América Latina en Santiago de Chile, en el marco del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo.

Por su parte, Theda Skocpol, nacida en Detroit en 1947, se graduó en la Universidad de Harvard, donde cursó sus estudios de Sociología junto con otro gran exponente de la vertiente histórica, Barrington Moore. Su libro *Visión y método de la Sociología Histórica* reúne los trabajos de nueve estudiosos que pueden encuadrarse en el campo de la sociología histórica (Eisenstadt, Bendix, Anderson, Thomson, Tilly, Wallerstein, Barrington Moore, Polanyi y Bloch), quienes, a partir de sus escritos, criticaron las generalizaciones abstractas propuestas por los representantes del estructural funcionalismo parsoniano, la economía liberal y el marxismo económico-determinista.

En tercer lugar, Immanuel Wallerstein, nacido en Nueva York en 1930, realizó sus estudios en la Universidad de Columbia, donde se graduó de Doctor en Sociología. *Abrir las ciencias sociales* es el producto de una reflexión conjunta con otros estudiosos acerca del presente y el futuro de las ciencias sociales.

En pos de pensar la relación historia-ciencias sociales, es necesario destacar también la labor de los pensadores de la *Escuela de los Annales* como precursores de la hibridación entre ciencias sociales e Historia como disciplinas inescindibles para comprender exhaustivamente la realidad de las sociedades que se someten a estudio.

Lucien Febvre y Marc Bloch fundaron, con la *Escuela de los Annales*, una corriente crítica historiográfica que advirtió la necesidad de introducir una perspectiva multidisciplinaria en los estudios de las sociedades. Esta corriente se extendió temporal y espacialmente desde sus inicios en el contexto francés de 1929, hasta consolidarse como sustento teórico y metodológico válido para el surgimiento de nuevos enfoques.

La Sociología Histórica, sin duda, es deudora de este enfoque historiográfico en tanto constituyó el puntapié inicial para abordar los procesos de transformación de las sociedades desde una perspectiva crítica que permitiese comprender y explicar fenómenos concretos en contextos delimitados, algo que las teorías dominantes de la época no podían atribuirse por su voluntad de universalidad y extemporaneidad.

En esta tarea, el método comparativo se consolida como una herramienta fundamental para explorar la validez de los argumentos explicativos alternativos que intentaremos ofrecer de la mano de los pensadores citados.

El diálogo propuesto entre estos tres autores nos permitirá visualizar distintos caminos de discusión teórica, como condición necesaria para la construcción de herramientas que nos faciliten un acercamiento a las condiciones estructurales y coyunturales que se despliegan a lo largo de América Latina y de cada país que la conforma.

En pos de hacer explícita la tensión entre dos modos de comprensión y explicación de los procesos sociales, proponemos retomar, desde la perspectiva de la sociología histórica, el análisis y la comprensión de nuestras realidades explorando las diversas trayectorias y redes intelectuales que ofrecieron enfoques alternativos a los estudios sobre América Latina tomando como eje principal su diversidad social e histórica.

Desde una perspectiva latinoamericana, *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina* (1967) de Jorge Graciarena representa uno de los primeros intentos por advertir, mediante el análisis histórico de las estructuras sociales de los países latinos, que las categorías importadas a la región carecían de rigor histórico. De allí que sus postulados reflejen el propósito de introducir la historización para el abordaje de la realidad.

En esta misma línea, desde el ámbito norteamericano, aportes como el de Theda Skocpol en *Visión y método de la Sociología Histórica* (1984), constituye un marco teórico significativo en la consolidación de la Sociología Histórica como enfoque preeminente para el abordaje de los estudios de grandes estructuras y procesos de larga duración.

En efecto, los argumentos expuestos en este escrito se orientan hacia la incorporación de la historicidad en los análisis sociológicos, denunciando la vocación del estructural-funcionalismo por negar la particularidad y especificidad de cada sociedad.

Otro alegato a favor de la Sociología Histórica es el texto de Immanuel Wallerstein *Abrir las ciencias sociales* (1996) en el que el autor emprende un recorrido histórico por la consolidación de las ciencias sociales advirtiendo sobre las limitaciones del pensamiento dominante decimonónico y sosteniendo, al mismo tiempo, que las ciencias sociales no pueden pensarse por fuera de la historia concreta en que se encuentran insertas. Ello es así, en tanto dicha realidad va transformando sus estructuras, sus objetivos e incluso la forma en que se perciben a sí mismas.

En definitiva, es menester de esta ponencia reflexionar acerca de las redes intelectuales que contribuyeron en mayor medida a consolidar la perspectiva de la Sociología Histórica, alegando por el método comparativo como herramienta paradigmática para construir conocimiento científico crítico respecto de las realidades que configuran las diversas regiones latinoamericanas.

En este sentido, se pondrá especial énfasis en las implicancias que dicho enfoque asume para la comprensión de nuestras realidades pasadas y

presentes, así como los desafíos que aún quedan por afrontar no sólo en el plano teórico sino, y especialmente, en el ámbito performativo.

### **La construcción de América latina como objeto de estudio**

En la construcción de América Latina como objeto de estudio es posible diferenciar tres períodos históricos a partir de los cuales se advierten las diversas tradiciones sociológicas dominantes en cada uno: la sociología latinoamericana de primera generación (1821-1939), marcadamente positivista; la sociología latinoamericana de segunda generación (1945-1960), que contribuye a la institucionalización de la sociología científica en Latinoamérica; y la de tercera generación (1960-1980), cuando se asiste al surgimiento de una corriente crítica que se asume independiente de las corrientes sociológicas dominantes (Viales Hurtado, 1999, pp. 130-131)

Si bien la presente ponencia se interesa preeminentemente por la etapa de discusión acerca del desarrollo y la modernización, resulta imperioso comprender cuáles fueron los antecedentes de ese pensamiento, así como las condiciones que hicieron posible, en una tercera etapa, consolidar una perspectiva crítica, que sea capaz de pensar América Latina desde América Latina.

En el primer periodo se ubican las reflexiones de Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888), Juan Esteban Echeverría (1805-1851), José Martí (1853-1895), Carlos Octavio Bunge (1875-1918), José Ingenieros (1877-1925) y José Carlos Mariátegui (1894-1930). Influenciados casi en su totalidad por las ideas positivistas, liberales y eugenésicas dominantes en la época, estos pensadores reflexionaron acerca de procesos propios del continente como el mestizaje, el atraso cultural, la incidencia del ambiente geográfico, el indigenismo, la inestabilidad política, la inmigración y la herencia colonial.

Un hecho sin dudas significativo de esta primera etapa lo constituyó el libro *¿Existe la América Latina?* (1945) donde Luis Alberto Sánchez se preguntaba si era posible hablar de una región independiente, discusión que permitió comenzar a construir la noción de América Latina como realidad particular y no como un subproducto de las potencias europeas. Este debate tendió un puente hacia la etapa siguiente, en cuyo seno se erigieron los pensadores que teorizaron sobre el crecimiento y el desarrollo económico de la región. (p. 139)

El segundo periodo se caracteriza por la tensión existente entre la sociología norteamericana y las circunstancias históricas propias de la coyuntura latinoamericana que permitieron pensar una ciencia sociológica abstraída de la influencia ejercida por aquella.

La importancia concedida a la región latinoamericana durante la segunda postguerra debe comprenderse a la luz de las implicancias que suscitaban, para la preservación de una estructura de poder hegemónico, los movimientos de liberación que acontecían a nivel mundial, así como, más tarde, la revolución cubana a nivel regional y la crisis estructural de la región. Todos estos cambios tornaban manifiesta la necesidad de generar una explicación alternativa, en tanto los enfoques causales empleados, eran incapaces de dar cuenta y de enmarcar estas situaciones en sus compartimentos estancos.

En este contexto se asiste al resurgimiento de América Latina como problema en el ámbito de los estudios sociales norteamericanos. Este fenómeno torna manifiesta la necesidad de comprender y explicar el desenvolvimiento de estas

sociedades, creando así, con tal fin, una comisión económica para América Latina: la CEPAL. (Nercesián, 2012)

En esta misma línea se asiste a la creación de otras instituciones que perseguían la finalidad de dotar de un marco institucional a la sociología científica en la región, como la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), el Centro de Pesquisas de Río de Janeiro, la Escuela de Santiago de Chile y el Instituto Latinoamericano y del Caribe de Planificación Económica y Social (ILPES).

Algunos intelectuales destacados de este período fueron José Medina Echevarría (1903-1977) y Gino Germani (1911-1979), quienes se interesaron por las políticas de *modernización* impulsadas desde estas instituciones, y el problema del *desarrollo* en América Latina.

Como sostiene Viales Hurtado (1999) la influencia del esquema de las etapas de crecimiento de Rostow, dominante en el análisis de la región en 1950, llevaba a pensar que había un desarrollo único por el cual debían transitar todos los países subdesarrollados –entre ellos, los latinoamericanos- para alcanzar un estado aceptable de desarrollo, cuyo modelo a seguir era Estados Unidos. (p. 146)

Las ideas cepalinas se hacían eco de esta lectura, desde la cual pregonaban para América Latina un futuro promisorio que podía lograrse mediante el pleno desarrollo del capitalismo y la modernización política, social, económica y geográfica. Las posturas de Medina Echevarría y Germani tendían a apoyar esta lectura, que empezó a ser cuestionada desde la década del '60 por una corriente que criticaba la centralización de los análisis en factores puramente económicos.

En efecto, se distinguen dos períodos en la forma de abordaje de la realidad latinoamericana por medio de las corrientes desarrollistas; en el primero predomina una mirada eminentemente económica; en cambio, ya entrados los años '60 y con la revolución cubana ya inscripta en la historia de la región, se abre un segundo período que mantiene al desarrollo como principal objetivo de estudio pero su modo de abordaje gira hacia una posición en que los factores sociales pasan a ocupar un lugar determinante (Devés Valdés, 2009).

No es casual que tal situación se enmarque dentro de la nueva estrategia de Kennedy para la región expresada en la *Alianza para el progreso*. Desde la CEPAL es Presbich también quien, apoyado en la proposiciones de José Medina Echevarría, “propone la necesidad de ampliar el arco disciplinario” en los trabajos sobre el desarrollo latinoamericano. (p.36)

Es durante este segundo período, y motivados por un afán de conocimiento de los procesos estructurales que se suscitaban en la región, que se despliegan una serie de mecanismos institucionales tendientes a lograr el desarrollo de los países *atrasados* para reducir las posibilidades de una nueva revolución *popular*.

De esto no debe hacerse una reflexión unívoca, ya que, si bien la CEPAL se alineaba detrás de este proyecto, contribuyó, a su vez, a la reflexión y expansión de las ciencias sociales latinoamericanas, al mismo tiempo que estimuló el debate sobre la modernización de las sociedades *subdesarrolladas*. Las teorías del crecimiento económico y de la modernización predominantes en el periodo de posguerra, concebidas a la luz del estructural funcionalismo, proponían un modelo único para el abordaje de las estructuras sociales, desechando las especificidades y singularidades de cada proceso histórico.

Su explicación sistemática del *desarrollo* y los procesos de cambio a gran escala tendía a considerar a las sociedades como un todo orgánico cuya regulación dependía de procesos homeostáticos. La modernización implicaba recorrer un camino marcado por las sociedades industriales avanzadas, atravesando para ello una sucesión de estadios que llevarían en dirección hacia el desarrollo.

El marco teórico desde el cual se entendía el crecimiento de las sociedades evidenciaba una imposibilidad de pensar el desarrollo por fuera de la teoría económica clásica marcadamente eurocentrista, que pretendía aplicar esquemas teóricos relativos al desarrollo económico de las sociedades capitalistas avanzadas a los contextos latinoamericanos. Cardoso y Faletto (2011) en relación a la necesidad de historizar, señalan que “no sólo es distinto el momento histórico, sino que las condiciones estructurales del desarrollo y de la sociedad serán históricamente diversas”. (p. 61)

Estas teorías, al elaborar sus conceptos desde una óptica universalizante, soslayaban el análisis de las particularidades de cada proceso histórico. No obstante lo antedicho, en este punto se advierte y cobra fuerza la importancia de los análisis sobre el desarrollo propuestos por los pensadores de la tercera generación: Orlando Fals Borda (1925-2008), Fernando Henrique Cardoso (1931- ) y Enzo Faletto (1935-2003).

La corriente de tercera generación se denomina crítica por el ataque que inicia contra la *sociología científica* de la tradición anterior, por su centralización en los procesos de desarrollo de los países industrializados, por el uso de conceptos y categorías de análisis propias de otras latitudes y por el empleo de generalizaciones amplias y ahistóricas en las reflexiones sobre la región.

La sociología crítica hace su aparición a la luz de los cambios que se suscitaban en la región latinoamericana; la revolución cubana; las rápidas transformaciones acaecidas en Argentina y Brasil, durante la década del 60, y el fracaso casi generalizado de la estrategia de industrialización.

Su irrupción en el campo académico estuvo marcada fundamentalmente por el descontento que generaba en algunos científicos sociales el abordaje de las diversas realidades latinoamericanas desde un enfoque causal estático. En efecto, las objeciones en torno a las teorías de la segunda generación se ubicaban en dos planos: el político y el teórico. (Viales Hurtado, 1999)

El político denunciaba la complicidad de dicha sociología pretendidamente *científica* con el reforzamiento del *status quo* y la reproducción de la dominación imperialista. El teórico, asimismo, revelaba la imposibilidad de lograr la supuesta neutralidad valorativa que se adjudicaban los sociólogos de la generación anterior.

La sociología de este período es crítica no sólo porque rechaza estos postulados, sino porque reivindica, a partir de estas objeciones, la necesidad de abandonar el esquema teórico neopositivista dominante en aquellos estudios, en pos de su reemplazo por una perspectiva dialéctica que permitiese derribar radicalmente la matriz modernizadora.

Esta nueva manera de concebir la sociología estuvo orientada hacia la concientización por parte de los científicos sociales acerca de las problemáticas sociales que aquejaban a la sociedad y al conocimiento de las teorías y los conceptos que ayudarían a explicarla.

En este tercer período pensadores como Cardoso y Faletto reelaboraron las teorías de la modernización y el desarrollo desde un punto de vista

latinoamericano, es decir, considerando sus particularidades socio-históricas. Ello implicó, entre otras cosas, reconocer que la introducción del capitalismo en esta región no fue producto de una revolución burguesa, sino la consecuencia inmediata de su inserción en el sistema mundo tras la conquista, en la fase imperialista de la expansión capitalista. (Viales Hurtado, 1999)

En rigor, aunque no debe desconocerse que aún pesaba sobre ellas una fuerte influencia de los centros metropolitanos del pensamiento, interesa resaltar que lograron, por medio del trabajo multidisciplinario, conformar un cuerpo teórico y empírico de gran utilidad para comprender la realidad regional.

Las contradicciones y falencias que presentaban las distintas vertientes del desarrollismo se fueron evidenciando a medida que trascurrían los distintos procesos históricos en la región y fueron fuertemente criticados por los teóricos de la dependencia al promediar la década de 1960. Éstos centraron sus críticas en el rechazo radical de las influencias funcionalistas y la ahistoricidad de sus análisis.

### **Estructural funcionalismo ortodoxo: gran teoría, pequeñas explicaciones**

Es posible evidenciar, en función de lo antedicho, que la rigidez de la gran teoría estructural funcionalista, que explicaba los procesos de desarrollo y cambio desde una perspectiva evolucionista y organicista sustentada sobre la capacidad de auto equilibrio del sistema social, no puede emplearse irrestrictamente para comprender sociedades tan disímiles como la norteamericana y las múltiples regiones latinoamericanas.

Las teorías de la modernización y el desarrollo tuvieron una estrecha vinculación con este paradigma. Su principal impedimento residía en su imposibilidad para explicar el cambio social o las formas singulares del desarrollo vinculado a la acción del Estado como las que se desplegaron en muchos países de Latinoamérica, y menos aún las revoluciones sociales características de esta región.

En efecto, dada su ambición universalizante y su afán de aplicar las mismas categorías de análisis a todas las sociedades de todos los tiempos, el estructural funcionalismo sumergió a la Sociología en un ahistoricismo claramente fomentado desde las reflexiones parsonianas. (Ansaldi y Giordano, 2012, p. 48)

Un proceso combinado de abandono de las teorías desarrollistas y resurgimiento del pensamiento marxista contribuyeron, según Tilly (1991), a la superación de esta perspectiva dominante, para dar lugar a estudios genuinamente históricos sobre el mundo “no moderno”. Es, en efecto, la perspectiva crítica la que da inicio e impulsa un cambio de orientación en el pensar y hacer sociológico latinoamericano.

### **Una historización de la Sociología Histórica como enfoque alternativo**

El análisis del surgimiento y gradual consolidación de la Sociología Histórica permite advertir que no se trata de una mera amalgama de dos disciplinas, sino un campo de indagación dotado de metodologías y estrategias propias.

El acercamiento entre las denominadas ciencias sociales nomotéticas y la historia ideográfica tuvo su primer intento en los pensadores de la Escuela de los Annales y la corriente de la *nueva historia*, aunque sólo halló su consolidación en la década de 1960 con los aportes de la corriente de la Sociología Histórica.



En un principio fue la historia la que advirtió en las ciencias sociales un importante instrumento para adaptarse a los tiempos contemporáneos y abocarse al estudio de los procesos y las estructuras de larga duración que habían sufrido la indiferencia de los historiadores hasta ese momento. En tanto, la sociología dio un giro hacia la investigación empírica, superando la ahistoricidad fuertemente criticada por los pensadores de la época.

En términos generales, puede afirmarse que “la *escuela de los Annales* hacía valer el holismo por encima del pensamiento sectorial, las raíces económicas y sociales frente a la fachada política, la larga duración frente a lo episódico, el hombre global frente al hombre fraccionado”. (Wallerstein, 1998, p. 212)

A partir de la oposición entre historia pensada, propuesta por los *Annales*, e historia *historizante*, toma cuerpo la forma en que debe organizarse cada objeto de estudio como *historia problema*. Es a la luz de los procesos históricos concretos como puede entenderse más claramente el distanciamiento de las teorías estructural-funcionalistas y la reivindicación de formas más amplias de abordaje. Ergo, hacia la Sociología Histórica.

Sus orígenes se remontan a la sociología Norteamérica de la década de 1960 como un movimiento de reacción contra la corriente estructural-funcionalista. Esta línea crítica rescata el pensamiento de los clásicos de la Sociología (Marx, Durkheim, Weber) “para utilizarlos en el análisis de las transformaciones políticas, sociales y económicas en gran escala (temporal y espacial)”. (Giordano, 2012, p. 36)

La Sociología Histórica se distancia de los análisis norteamericanos de orientación estructural-funcionalista que efectúan una categórica división entre el oficio del sociólogo –que debía abocarse al estudio de las problemáticas contemporáneas-, y el del historiador –relegado al estudio del pasado-.

En cierto sentido constituye el punto de encuentro de la historia con la teoría social y una recuperación de la Sociología de su originaria inclinación por la historia. Así, el resultado puede situarse en la perspectiva de abolir viejas fronteras y explorar nuevos caminos en el conocimiento de lo social, para superar la antigua dicotomía entre acción humana y estructura de la sociedad.

Según Skocpol (1984), se trata de una continua tradición de investigación sobre la naturaleza y los efectos de estructuras a gran escala y de procesos de cambio a largo plazo, llegando a constituir, de hecho, un conjunto transdisciplinario de esfuerzos que han tenido un importante centro de gravedad dentro de la sociología en general.

La fusión de disciplinas, desde la Historia, la Demografía, la Etnografía, la Antropología, la Ciencia Política, la Economía y la Sociología, es lo que permite captar la experiencia personal de cada pueblo, al mismo tiempo que se establecen patrones de funcionamiento de la sociedad a gran escala.

En efecto, es en la intersección de disciplinas donde se constituyen campos híbridos y reconfiguraciones que no suponen la simple combinación sino la transgresión de las fronteras formales de cada una. La marginalidad creadora -la sociología de las fronteras- es, para Dogan y Pahre (1993), la fuente de mayores innovaciones para los científicos sociales.

Retomando los postulados de Giordano (2012), interesa resaltar que la reacción a la perspectiva teórica dominante de la época respondió no sólo a motivaciones intelectuales, sino también políticas, reflejando una amalgama de compromisos científicos y políticos.

En el contexto latinoamericano, este movimiento de rechazo al canon establecido que postulaba la teoría estructural-funcionalista como la dominante, se produjo en paralelo a la reacción norteamericana. Sin embargo, en tanto naciones dependientes, la sociología latinoamericana desarrolló un rasgo particular en función de su denuncia del colonialismo intelectual y la necesidad de desarrollar un pensamiento propio. (Giordano, 2012, p. 37)

### **El método comparativo**

Los estudios sociológicos históricos se ocupan de la interacción de acciones significativas y contextos estructurales. La Sociología Histórica, aunque parte de la comprensión de la naturaleza global de estos fenómenos, se propone advertir y describir procesos de cambio fundamentales que, mediante la comparación de diferentes trayectorias regionales, permita visualizar las diversas formas en las que la realidad social se manifiesta en función de las particularidades históricas de cada caso.

La comparación es el método más generalizado entre los sociólogos históricos porque, según Skocpol (1984), permite concebir los análisis históricos destacando las características particulares y variables de tipos específicos de estructuras sociales y sus correspondientes patrones de cambio.

Bonnell (1980) coincide con Skocpol en este sentido al sostener que este método comparado es el único que permite analizar las estructuras y eventos a través de límites temporales y nacionales, con el fin de establecer que una proposición teórica puede resultar aplicable a diferentes casos nacionales.

Esta metodología establece formas de uso de las teorías y los conceptos, así como modos de aplicación a los problemas históricos que evidencian una orientación disciplinaria distintiva y delimitan estrategias de investigación propias. Respecto del uso de la teoría, algunos sociólogos se han inclinado por una reelaboración de teorías previas, mientras que otros han optado por desarrollar nuevas teorías para la explicación de los fenómenos históricos.

La selección de los conceptos –universales o de aplicabilidad limitada- que el sociólogo emplea en sus estudios comparativos explicita, así como las afirmaciones generalizadoras, una cierta inclinación hacia presunciones que se relacionan con sus preocupaciones analíticas.

Esto determina, según Bonnell (1980) dos tipos de enfoque, en función de que la confianza del investigador haya sido depositada en la teoría o en los conceptos como recurso heurístico para guiar el estudio.

Los estudios comparativos elaborados en base a esta metodología pueden efectuar un empleo analítico o ilustrativo de la comparación. En el primer caso, el sociólogo procede a la comparación de unidades equivalentes para establecer entre ellas determinadas regularidades que permitan elaborar generalizaciones explicativas. En el tipo ilustrativo, en cambio, se emplea la comparación entre unidades equivalentes y una teoría o conceptos que se aplican a todas las unidades.

Charles Tilly, por su parte, sostiene que el análisis de grandes estructuras y procesos históricos de gran escala opera en cuatro niveles históricos que se tornan evidentes mediante la comparación. En el nivel histórico mundial, se determinan las características de una época determinada en su relación con el decurso de la humanidad; en el nivel sistémico mundial, se intentan comprender los vínculos y las diferencias al interior de estructuras sociales independientes.

En el nivel macrohistórico, por su parte, se exploran grandes estructuras y procesos amplios, haciendo especial hincapié en la indagación de formas alternativas; y en el microhistórico se establecen lazos de unión entre individuos y grupos sociales con las estructuras y los procesos globales, con énfasis en la experiencia vivida a nivel individual. (Tilly, 1991, p. 82)

En función de estas clasificaciones se delimitan cuatro estrategias de comparación: individualizadora, mediante la que se contrastan casos puntuales de un fenómeno para advertir las singularidades de cada caso; universalizadora, orientada a ofrecer una explicación general ante el despliegue de resultados diversos en contextos disímiles; identificadora de la diferencia, que establece un principio de variación entre los casos estudiados en función de su diferenciación sistemática; y globalizador, que tiende a validar la existencia de un sistema entendido como un todo, ofreciendo explicaciones mediante la colocación de casos diversos en distintos puntos de este sistema. (Tilly, 1991, pp. 105-106)

La importancia que subyace a pensar América Latina en clave de la Sociología Histórica, radica en que supone la ardua tarea de definirla teórica e históricamente para pensar problemas de investigación concreta que permitan dar cuenta de las realidades de cada región. El método comparativo ofrece una diversidad de estrategias de cuya selección se desprende un interés teórico concreto en función del contexto histórico en el que se desea aplicar.

### **Graciarena, Skocpol y Wallerstein: los tres pensadores en contexto**

En el presente apartado reflexionaremos sobre la relevancia teórica y metodológica de los postulados de los tres autores mencionados, en función de su contribución a la consolidación de estudios sociológico-históricos.

En su análisis sobre las sociedades latinoamericanas de la década del '60 atravesadas por la problemática del desarrollo y la modernización, Graciarena (1967) hace especial hincapié en el rol que la Sociología debería desempeñar en la comprensión de las estructuras sociales características de la región, advirtiendo las limitaciones de los esquemas dicotómicos y estandarizados provenientes de otras regiones y otros contextos históricos.

Procesos puntuales de cada región, en tanto son atravesados por determinantes históricos, requieren ser problematizados en estos términos. Su libro constituye, en gran medida, un llamado a pensar el *desarrollo* como un proceso histórico, resultado de la dinámica social en la lucha por el poder.

Siguiendo al autor, los principales obstáculos al *desarrollo* no pueden comprenderse a la luz de las categorías utilizadas para analizar las sociedades industriales avanzadas, en función de la consolidación de relaciones de poder y sistemas políticos que difieren de los constituidos en las regiones capitalistas centrales.

Asimismo, las dimensiones conceptuales empleadas para referirse al análisis de los países latinoamericanos reproducen en gran medida el lenguaje utilizado para aludir a otras latitudes. La dicotomía *oligarquía-élite*, por mencionar un ejemplo paradigmático de las perspectivas dominantes de la época, no logra comprender la complejidad de los compromisos políticos consumados entre los grupos de poder que se suscitaron en la mayoría de los países latinoamericanos.

Una rigidez similar se advierte en los tipos de enfoques utilizados para explicar los procesos sociales de la región en términos de integración total o conflicto

permanente. En ambos casos, señala el autor, resulta de mayor utilidad teórica emplear categorías adaptadas a la realidad de cada situación, superando las dicotomías y las visiones estáticas. La escasez de estudios relevantes sobre el cambio social en la región, favorecía la idea del consenso originada en la concepción estructuralista.

El análisis particularizado de la región, es asumido por Graciarena como un insumo estratégico para efectuar predicciones sobre el curso de los acontecimientos futuros.

Theda Skocpol, por su parte, señala la importancia de la historicidad en los análisis sociológicos, denunciando al estructural funcionalismo por su univocidad y ahistoricidad. En efecto, sostiene que el predominio de estas teorías y de las perspectivas de la *modernización*, de evidente raigambre estructural funcionalista, pretende generalizar los patrones de estructura y cambio aplicando conceptos eurocentristas que no logran captar la particularidad histórica de un país.

La socióloga norteamericana advierte, al igual que Graciarena, sobre la escasez de estudios sobre la región, enfocados desde una perspectiva histórica, añadiendo la necesidad de introducir el método comparado en el análisis.

En la medida en que son procesos sociales condicionados espacio-temporalmente, que dan cuenta de una configuración particular de cada país, es que se logra identificar diferencias cruciales, como así también homologías fundamentales entre cada caso; lo cual demanda primordialmente la utilización de una visión histórica y de una metodología comparativa.

Si bien Skocpol no está pensando en América Latina como objeto de estudio, coincide con Graciarena en la necesidad de concebir análisis históricos empleando para ello una metodología que, al mismo tiempo que implique una superación del estado actual de la investigación teórica sobre regiones escasamente exploradas –como América Latina-, ofrezca insumos efectivos para comprender los patrones pasados, explorar las trayectorias alternativas que pudieran haberse desplegado e intervenir sobre la realidad presente.

Ello no será posible en tanto se continúen empleando los principios del método de análisis causal.

Al igual que Graciarena, quien sostiene que la elección de una perspectiva teórica, así como la elección de un modo de abordaje de esa realidad se orientará a determinados resultados, la autora da por sentado que los sociólogos que utilizan el enfoque histórico lo hacen en función de un conjunto de intereses teóricos y conceptuales.

Respecto de nuestro tercer exponente de la Sociología Histórica, Immanuel Wallerstein (1996), adquiere una relevancia particular en este contexto, en tanto analiza el proceso de institucionalización de las ciencias sociales en relación al desarrollo de los medios materiales de producción, destacando en este proceso la ruptura en las líneas divisorias entre la historia (pasado) y las ciencias sociales nomotéticas (presente) luego de la segunda postguerra.

Esto nos permite comprender el contexto del surgimiento de estudios sobre el mundo “no moderno” y sus particularidades regionales, motivados por la necesidad de Estados Unidos de comprender estas estructuras tan disímiles a su propio desarrollo.

Al tratarse de estudios de carácter multidisciplinario, necesariamente implicaron la superación de las fronteras que dividían las ciencias sociales nomotéticas de

la historia ideográfica, advirtiendo sobre la artificialidad no sólo de esta, sino de otras líneas divisorias predominantes en el ámbito académico.

La expansión de estas ciencias nomotéticas hacia la historia adopta diferentes formas, entre las cuales se destaca aquella que Wallerstein define como un viraje diferente hacia la historia que busca describir y explicar el cambio social en gran escala; la sociología histórica.

Así como la Sociología es hija de las problemáticas sociales acaecidas durante la segunda mitad del siglo XIX, la Sociología Histórica hallaría su contexto de nacimiento en un momento en el que la modernización y el desarrollo constituían los problemas más urgentes de la agenda occidental. Fue quizás esa preocupación por el *desarrollo* lo que en América Latina posibilitó ese corte transversal entre las diversas disciplinas.

La Sociología entendida como ciencia de los conceptos, abstraída de la realidad concreta, no es capaz de dar respuesta a los interrogantes que plantea el carácter múltiple de cada sociedad. No fue hasta que la preocupación de Estados Unidos por el desarrollo latinoamericano adquirió una urgencia significativa que se destinaron fondos para investigaciones en ciencias sociales impulsados desde una retórica modernizante.

En este sentido cabe destacar una marcada diferencia entre las teorías de la modernización que plantea Wallerstein y los teóricos del desarrollo que, alumbrados por los estudios interdisciplinarios de la CEPAL, florecieron en América Latina entre las décadas del '50 y '60.

Tanto Graciarena como Wallerstein sostienen que los elementos más significativos del proceso que se inicia en la postguerra en el ámbito de las ciencias sociales son el combate hacia la fragmentación del conocimiento, el avance hacia una mayor interrelación de disciplinas y la incorporación de la historicidad en el análisis de los fenómenos sociales.

La sinergia entre estos factores habría constituido la base desde la cual fue posible pensar América Latina desde enfoques analíticos alternativos.

La preocupación de estos tres sociólogos se centró en destacar el carácter histórico de los procesos que sometieron a estudio, empleando una metodología comparada para dar cuenta de procesos estructurales que, aunque aparentemente análogos, presentaban diferencias cruciales.

Desde perspectivas notoriamente heterogéneas, especialmente originadas en sus diferentes pertenencias espacio-temporales, así como en la adscripción a posturas ideológicas y teóricas divergentes, estos tres pensadores destacaron no sólo la necesidad sino la factibilidad de la incorporación de la mirada histórica en los estudios sociológicos, contribuyendo así, directa o indirectamente, a consolidar a la Sociología Histórica como un campo autónomo que aún presenta insoslayables desafíos para los sociólogos latinoamericanos.

### **Reflexiones finales**

En el desarrollo de la presente ponencia, reflexionamos acerca de las posibilidades que la perspectiva de la Sociología Histórica nos ofrece para comprender las realidades en las cuales estamos insertos. Compartimos, con Tilly, la preocupación por desarrollar un conocimiento científico crítico que, a partir de la comparación entre lugares geográficos, poblaciones y tiempos históricos disímiles, nos permita comprender los procesos de gran escala que transformaron y transforman nuestros entornos presentes.

El enfoque sociológico-histórico constituye el marco más adecuado para efectuar comparaciones de este tipo, en tanto permite apreciar “hasta dónde hemos llegado, a dónde nos dirigimos y cuáles son las alternativas reales que existen en nuestra condición actual”. (Tilly, 1991, pp. 21-25).

Creemos firmemente que los procesos actuales por los que está atravesando América latina presentan un gran desafío para las ciencias sociales. Por ello, pensamos que un abordaje desde la Sociología Histórica aporta herramientas muy valiosas para inscribir tales cambios dentro de una línea de larga duración.

En este marco es que adquiere relevancia esta disciplina como una innovadora forma de desarrollar conocimiento crítico que resulte útil a los efectos de comprender y explicar el complejo escenario que presenta América Latina en su contexto actual, concibiéndola como una unidad compleja que contiene en su interior una multiplicidad de contextos diversos y estructurados de forma heterogénea.

El método comparativo creemos que es el camino adecuado, en tanto nos permite advertir en esos procesos de larga duración las continuidades en momentos de ruptura, así como los procesos de cambio implícitos en esas continuidades.

Es por ello que entendemos a la Sociología Histórica y, particularmente, al método comparativo, como generadores de un proceso de cambio que plantea nuevos desafíos en la tarea de construir América Latina como objeto de estudio. Objeto de estudio que se destaca tanto por su unidad como por su diversidad.

## **Bibliografía**

Ansaldi, W. (1994). *Historia/Sociología/Sociología Histórica. Los Fundamentos de las Ciencias del Hombre*, 134, pp. 117-196. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Ansaldi, W. y Giordano, V. (2012). *América Latina, la construcción del orden: de la colonia a la disolución de la dominación oligárquica*, Tomo I. Buenos Aires: Editorial Ariel.

Bonnell, V. (abril de 1980). Los usos de la teoría, los conceptos y la comparación en la Sociología Histórica. En *Comparative Studies in Society and History*, vol. 2, n° 2, pp. 156-173.

Devés Valdés, E. (2009). *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II, Desde la CEPAL al neoliberalismo*. Buenos Aires: Biblos.

Dogan, M. y Pahre, R. (1993). *Las nuevas ciencias sociales. La marginalidad creadora*. México DF: Grijalbo.

Cardoso, F. H. y Faletto, E. (2003). *Dependencia y desarrollo en América Latina*. México DF: Siglo XXI.

Giordano, V. (enero-marzo 2012). Revisitando la sociología latinoamericana desde la sociología histórica. Contribuciones y trayectoria personal Orlando Fals Borda. En *e-I@tina*, volumen 10, n°38, Buenos Aires. Disponible en: <http://iealc.sociales.uba.ar/publicaciones/e-latina/>

Graciarena, J. (1967). *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina*. Buenos Aires: Paidós.

Mills, W. (2007). *La imaginación sociológica*. México DF: Fondo de Cultura Económica.

Nercesían, I. (2012). Ideas, pensamiento y política en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay, entre los cincuenta y los sesenta. En *Trabajo y Sociedad*, n° 19, Santiago del Estero.

Skocpol, T. (1984). Visión y método de la Sociología Histórica. En Ansaldi, W. (1994). *Historia/Sociología/Sociología Histórica, Los Fundamentos de las Ciencias del Hombre*, 134, pp. 117-196. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Stavenhagen, R. (1981). 7 tesis equivocadas sobre América Latina. En Cardoso, F., Pinto, A. y Sunkel, O. *América Latina. Ensayos de interpretación sociológico-política*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.

Tilly, C. (1991). *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Madrid: Alianza editorial.

Viales Hurtado, R. La sociología latinoamericana y su influencia sobre la historiografía (siglo XIX a 1980). En Carrera Damas, G. (1999). *Historia General de América Latina*, vol. 9, pp. 129-174. Universidad de Virginia: Editorial Trotta.

Wallerstein, I. (1996). *Abrir las ciencias sociales. Informe de la Comisión Gulbekián para la reestructuración de las ciencias sociales*. México DF: Siglo Veintiuno Editores en coedición con el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidad (UNAM).

Wallerstein, I. (1998). *Impensar las ciencias sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos*. México DF: Siglo Veintiuno Editores en coedición con el Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidad (UNAM).